

Horacio Castellanos Moya: «Los mitos de la libertad son un privilegio de las élites»

María Escobedo

Nacido por accidente en Honduras, Horacio Castellanos Moya volvió pronto al país de su familia, El Salvador, pero ha escrito la mayor parte de su obra en otros lugares, entre ellos Estados Unidos, Japón, Costa Rica, México, Canadá, Alemania y España. Sin embargo, desde la distancia ha seguido hablando de su país y tratando los problemas que lo acosan, en especial el de la violencia, en novelas poderosas como *La diáspora* (1988), *Baile con serpientes* (1996), *El Asco* (1997), *Donde no estén ustedes* (2003), *Insensatez* (2004), *Desmoronamiento* (2006) y *Tirana memoria* (2008), todas ellas publicadas por la editorial Tusquets, en donde acaba de aparecer *La sirvienta y el luchador*, una narración trepidante situada en los momentos previos a la guerra civil que sufrió El Salvador a comienzos de los años ochenta, en la que los episodios impactantes se suceden a una velocidad de vértigo gracias a la fuerza de unos diálogos rápidos y contundentes que a menudo suenan como latigazos en el oído del lector. Horacio Castellanos Moya, que también ha escrito un libro de poemas y varios tomos de cuentos, entre ellos *Perfil de prófugo* (1989), *Con la congoja de la pasada tormenta* (1995), *El pozo en el pecho* (1997) o *Indolencia* (2004), y que ha trabajado como profesor invitado de varias Universidades, por ejemplo las de Tokio y

Pittsburgh, Pennsylvania, y ejercido el periodismo en medios de comunicación como los diarios mexicanos *El día* y *Excelsior* y el periódico norteamericano de habla hispana *La Opinión*, de Los Ángeles, California, habla en esta entrevista de su última obra, con la que culmina un ciclo del que también forman parte *Donde no estén ustedes*, *Desmoronamiento* y *Tirana memoria*, y de la situación de Centroamérica en general y de El Salvador en concreto, una nación que en el territorio del crimen ha pasado por un camino sangriento que va del asesinato de Monseñor Romero a las maras, las pandillas de delincuentes que hoy en día asolan San Salvador, pero en la que siempre hay un espacio para el talento creativo y para voces valientes como la suya, críticas y a la vez constructivas.

– *¿Se podría decir que las dos protagonistas de la novela son la violencia y la desesperanza? En La sirvienta y el luchador los malos nunca terminan de morir y los buenos no pueden aspirar a un final feliz.*

– En efecto, la novela sucede en un periodo en el que no se ve luz al final del túnel. Es principios de 1980 en El Salvador, el momento de la implosión, cuando la guerra civil se nos vino encima y el futuro sólo anunciaba crueldad, terror, oscuridad. Es cuando la violencia alcanzaba niveles desaforados, antes de pasar a su sistematización, y cuando para los que no ejercían la violencia sólo quedaba la desesperanza. Pocas semanas después asesinarán a monseñor Romero.

– *¿La sirvienta y el luchador es el final de una serie, en la que podríamos incluir Donde no estén ustedes, Desmoronamiento y Tirana memoria, o aún le quedan cosas que contar al respecto? ¿Qué supone el paso adelante de sus protagonistas, que eran secundarios en otros libros y protagonizan éste?*

– Siempre quedan historias por contar, sobre todo porque yo no trabajo sobre un plan acabado, sino que avanzo más a partir de intuiciones. Es como usted dice: un personaje muy secundario en una novela comienza a sonar de pronto en mi cabeza y en segui-

«La sirvienta y el luchador es El Salvador en 1980, en el momento de la implosión, cuando la guerra civil se nos vino encima»

da puede que venga la historia. Por eso es que las obras mencionadas no responden a un orden cronológico ni espacial. A veces doy saltos hacia atrás, de una novela a otra, o me muevo a distintas ramas familiares en diferentes países.

– *La acción de la novela está situada en los inicios de la guerra civil en El Salvador. La crueldad, el cinismo, la barbarie que relata, ¿son el origen de todos los males del país porque no recibieron su castigo al llegar la democracia?*

– Creo que esas son consecuencias y no el origen de todos los males. Cincuenta años de regímenes militares condujeron a la guerra civil. La lucha revolucionaria fue la única manera de hacerle entender al ejército y a la oligarquía que no podían seguir siendo los únicos protagonistas políticos de la nación. Por suerte hubo un empate militar y ambos bandos debieron hacer concesiones. La negociación fue exitosa. Lo que resultó es el sistema democrático que ahora tenemos. Pero una guerra tan larga, más de una década, en un país tan chico y densamente poblado, produjo lo que Hermann Broch llamaba «la degradación de los valores». Las élites lograron desactivar el mecanismo de la violencia política, pero no el de la violencia social, que sólo se recicló en la criminalidad que ahora padece el país. Por supuesto que la amnistía a quienes cometieron atrocidades fue negativa desde el punto de vista de los derechos humanos y de los ejemplos éticos que se requieren para sentar las bases de una cultura democrática, pero sin la amnistía no hubiera sido posible la negociación. El Salvador no es Chile ni Argentina; en El Salvador no hubo derrotados, el sistema político es producto de ese empate militar. La estabilidad política se ha pagado con un alto costo social. Y ese costo social podría denominarse «la degradación de los valores».

– *La diáspora y El asco ofrecían una visión desoladora de su país de adopción, El Salvador, y La sirvienta y el luchador parece ir más allá, al retratar un mundo sin opciones, un terror sin solución. ¿No hay salidas para Centroamérica?*

**«Las élites lograron desactivar
el mecanismo de la violencia política,
pero no el de la violencia social,»**

– Es difícil visualizar una salida para Centroamérica en estos momentos en que incluso países grandes y antes sólidos como México también parecen estar sin salida. La literatura toma el pulso de su tiempo, lo que algunos llaman «el espíritu de la época»; lo refleja, lo recrea, pero difícilmente planteará soluciones, no es su competencia. Yo creo que vivimos tiempos muy confusos. Los países centroamericanos no enfrentan la crisis desde la misma posición. Hay tantas diferencias de todo tipo entre Costa Rica y Nicaragua, que son vecinos, como entre España y Rumania, para dar un ejemplo. Y en lo que respecta a El Salvador, la tendencia es a una mayor integración con Estados Unidos: alrededor del 25 por ciento de la población salvadoreña vive en Estados Unidos, incluido su servidor; el país se mantiene por el dinero (las llamadas remesas) que enviamos de aquí para allá; ya no tenemos moneda nacional sino el dólar americano. Es el proceso de incorporación de un país muy pequeño y pobre al mayor imperio de todos los tiempos. Es algo triste, pero es lo real, lo posible, lo que permite la sobrevivencia nacional y personal.

– ¿El asco fue una manera de expresar el fracaso de la transición salvadoreña tras la guerra civil y *La sirvienta y el luchador* es el certificado de que la corrupción sigue imposibilitando la verdadera democracia?

– *El asco* fue una manera de expresar el fracaso de la transición en el terreno social, económico, cultural. Insisto: la transición política ha sido relativamente exitosa en El Salvador. El FMLN ha llegado al poder a través de elecciones y la alternancia se produjo sin los traumas y convulsiones que algunos vaticinaban. *La sirvienta y el luchador* se ubica en un momento histórico anterior a *El asco*. La corrupción vital e institucional que evidencia no creo exista en la actualidad de la misma manera. Y no estoy seguro de que la democracia y la corrupción sean excluyentes, si no vea usted todos los escándalos de corrupción de los bancos y las ins-

«Es difícil visualizar una salida para Centroamérica en estos momentos en que países antes sólidos parecen estar sin salida»

tituciones financieras en Estados Unidos y Europa. El problema es más complejo.

– *Tras El asco, siempre se le emparenta con Thomas Bernhard, pero ¿qué otros autores le han influido o, al menos, están entre sus preferidos?*

– Le puedo hablar de los autores que permanecen a mi lado de forma permanente, no necesariamente que me hayan influido. Sófocles, Virgilio, Tácito y Apuleyo, de los viejitos; recuerdo que tengo un libro de relatos cuyo título viene de Cervantes; La Rochefoucauld, La Bruyère y Chamfort me salvan de la ingenuidad; y soy un «fan», como dicen ahora, de la literatura centroeuropea escrita en lengua alemana en los estertores del Imperio Austrohúngaro. Y déjeme confesarle que nunca regreso a Bernhard sino a Canetti. De los latinoamericanos, me quedo con Onetti.

– *Roberto Bolaño lo definió como «un melancólico que escribe como si viviera en el fondo de alguno de los muchos volcanes de su país». ¿Se reconoce en esa definición?*

– Fue muy ingenioso Roberto con esa definición. Y demostró su entendimiento privilegiado, porque cuando yo comencé a escribir en El Salvador era como estar dentro de un volcán: el único estímulo era el fuego, se respiraba azufre y me sentía completamente aislado, sin ningún contacto con el exterior.

– *El personaje de María Elena, la sirvienta, ¿es una representación de la inutilidad de la inocencia y el Vikingo, el luchador, de la impunidad del mal?*

– Yo no sería tan negativo. Creo que María Elena representa una fuerza moral, un mundo de valores que se estrella en ese momento con la impunidad del mal, pero que no se doblega. Es menos inocente de lo que parece. Desde el primer momento ella quiénes han secuestrado a Albertico y Brita. Quizá su aparente ingenuidad es el recurso que le permite actuar. Puede caer en la desesperación, pero no en el cinismo.

**«Soy un fan de la literatura centroeuropea
escrita en lengua alemana en los
estertores del Imperio Austrohúngaro»**

– *¿El sadismo del Vikingo y los suyos y la candidez de María Elena son las dos razones de que en El Salvador y en otros países resulte tan difícil avanzar?*

– No necesariamente. Los opuestos existen en todas partes, afuera y adentro del hombre. En el caso de esta novela, son dos mundos opuestos que se confrontan en un tiempo y espacio específico, donde el mal impone su ley. No hay por qué extrañarse: la literatura se nutre del fracaso y de la derrota. Para historias felices tenemos las películas de Hollywood. Y lo que no permite avanzar a nuestros países es en gran medida la mentalidad de las élites económicas y políticas, una mentalidad guiada únicamente por la impunidad y la codicia.

– *¿La sirvienta y el luchador es una historia de amor al revés, donde se cuenta todo lo que no ha ocurrido entre sus dos protagonistas pero, en el fondo, se deja entrever que si hubieran estado juntos él no habría sido tan canalla y ella no habría sido tan infeliz?*

– Eso es lo que el Vikingo sostiene, que las cosas hubieran sido mejor para ambos. Pero María Elena no piensa así: para ella el Vikingo sólo quería follársela, y después de esto él hubiera seguido su proceso de descomposición y ella habría quedado en un peor estado de infelicidad. Me parece que en este caso María Elena es más realista: sabe que no había posibilidad alguna de relación, de fundir dos mundos tan distintos. No puedo imaginarla de pareja del policía dedicado a espiar a su patrón, Pericles. No está hecha de esa madera; es una mujer de lealtades. Y esa definición que usted hace, «Una historia del amor al revés», es espléndida, hasta parece título de una novela.

– *¿Cree que ese mundo desolado que retrata en la novela subsiste a base de hacer suyos los mitos de la libertad? ¿Cree que con monseñor Romero, el mayor símbolo de El Salvador, ocurre algo así?*

«Lo que no permite avanzar a nuestros países es en gran medida la mentalidad de las élites económicas y políticas»

– Los mitos de la libertad son un privilegio de las élites. El Vikingo, María Elena y la mayoría de personajes de la novela pertenecen a esa gran mayoría llamada pueblo, cuya principal preocupación es la sobrevivencia. A monseñor Romero no lo mataron por sus llamados a la libertad, que la libertad no es un valor de la Iglesia Católica; lo mataron por exigirle a la jefatura del ejército que detuviera las masacres, por llamar a los soldados a la insubordinación y a no acatar la orden de disparar contra la población desarmada. Y lo mataron también por decirle a los ricos que repartieran sus anillos antes de que les cortaran los dedos. Era un hombre valiente.

– *¿El Vikingo, un hombre sin principios al final de su vida, es la peor especie de torturador porque para él el crimen es un simple trabajo?*

– Me repugna más el torturador que hace su trabajo con pasión, fanatizado por una ideología. Según distintos testimonios, el autor intelectual del asesinato de monseñor Romero pertenecía a esa estirpe. El Vikingo es en el fondo una víctima del sistema y de la institución policíaca a la que pertenece; se va degradando con ella, y en la medida que no tiene más opciones en la vida, en la medida en que se convierte en un viejo decadente, lo utilizan para el trabajo más despreciable. Es un sobreviviente. Eso no lo justifica, claro. Pero me resulta más simpático que un ideólogo fanático y sanguinario.

– *Usted lleva muchos años fuera de El Salvador. ¿El exilio es la única salida para aquel que quiera escribir con libertad en su país?*

– Usted puede escribir con libertad donde sea. Otra cosa es que pueda publicar y que esté dispuesta a afrontar las consecuencias de lo que publique. Varios escritores hacen su trabajo con libertad en El Salvador y si no publican no es porque sus contenidos sean censurados sino porque la industrial editorial y el mercado del libro son muy reducidos. Mi caso es particular. Yo me acostumbré a vivir a salto de mata en distintos países y continen-

«A monseñor Romero no lo mataron por sus llamados a la libertad, sino por exigirle al ejército que detuviera las masacres»

tes. No sé si sea un apátrida; me suena más el concepto de desterrado.

– *¿No le tiene usted miedo a sus libros? ¿No teme alguna represalia?*

– A mí ya me amenazaron una vez, hace catorce años, luego de publicar *El asco*. Esa es una historia vieja. Vea usted: el hombre es un animal de costumbre, usted puede aprender a vivir con el miedo y también puede aprender a que el miedo no la paralice. Cuando escribo no dejo entrar al miedo, lo dejo fuera de la habitación; si lo dejara entrar me paralizaría. Y en cuanto a la posibilidad de las represalias, como decía Raymond Chandler, el escritor siempre debe pagar un precio.

– *¿Escribiría una novela sobre las maras, el otro gran problema de El Salvador?*

– El fenómeno de las maras me es bastante ajeno, en el sentido de que su florecimiento (si le podemos llamar de esa manera) se produjo cuando yo ya no vivía en El Salvador. Se trata de un fenómeno sobre el que carezco de experiencia directa, de heridas personales, y que por lo mismo difícilmente me producirá la combustión interna necesaria para sentarme a escribir una historia. Si bien aún no se conoce ficción de calidad sobre las maras, existe excelente material de no ficción escrito por jóvenes periodistas salvadoreños ©

**«Me acostumbré a vivir a salto de mata.
No sé si sea un apátrida; me suena más el
concepto de desterrado»**